

Contando mi historia

Ángel Rodríguez Prieto

PRÓLOGO Y JUSTIFICACIÓN

Es media mañana de un día de abril y me encuentro en el balcón de un hotel de La Habana, leyendo un libro y dejando que la mirada acaricie el mar, sintiendo una agradable brisa, todavía fresca. En el aire flotan las notas de una canción "...te esperaré..." canta Shakira o algo así y, aunque no es mi tipo de música, no se por qué, esas palabras que sugieren temporalidad, hacen que mi pensamiento viaje en un brinco de vértigo hacia recuerdos de mi niñez. De pronto estoy metido hasta las rodillas en el río Torío, en Pardave, a 20 kilómetros de la ciudad de León, donde nací siete años antes al momento de esta imaginaria postal de tonalidades sepia.

Desde este punto ya todo es una acumulación de escenas enredadas y casi en un caos cronológico, que me ocupa durante cerca de una hora, hasta devolverme, con los ojos tristes, a La Habana donde dos días antes ha concluido el Congreso Latinoamericano de Patología Clínica y Medicina de Laboratorio, al que asisto invitado como miembro del Ejecutivo de la Confederación Latinoamericana de Bioquímica Clínica.

Y me doy cuenta, simultáneamente, que si ordeno mis memorias, puedo plasmar en mi ordenador el relato para el concurso "Cuéntame tu historia" que convoca la Asociación Castellano-Leonesa entre los emigrantes de origen castellano-leonés residentes en Guatemala.

Comprendo que esta historia, como tantas dentro de los emigrantes, es poco importante para alguien que no sea su protagonista, pero también creo que, a los sesenta y cinco años, no voy a tener muchas más veces una justificación más oportuna para, sin parecer engreído, relatar qué he hecho con mi vida desde que llegué a Guatemala en 1952.

Nos dicen desde la Junta de Castilla y León que todas las historias van a formar parte de una memoria de los emigrantes cargada de nombres y hechos que sólo tienen sentido para los que vivimos en Guatemala. Esta es mi historia...

DESDE ESPAÑA HASTA GUATEMALA, TOCANDO BASE EN MÉXICO

Nací en la capital de León, la madrugada del 25 de agosto de 1943. Mis padres, ya fallecidos, eran maestros ambos, originarios de Pardave, él jefe de la familia y de Garrafa de Torío, ella la jefa de la casa y de todo lo que había dentro de la casa, incluido el jefe de la familia. Sufrieron mucho durante la Guerra Civil, con lo cual se puede decir que fueron dos españoles de lo más normal. Por padecimientos de asma de mi padre (afección que sin pedirlo me heredó para que me acompañara desde los siete hasta los veinticinco años) tuvieron que dejar el almacén de frutas que en León tenían y emigrar a las Palmas de Gran Canaria, a donde pronto les seguimos mi hermano mayor, Pedro, que también nos ha dejado hace ya tres años y mi hermana Isa, 18 meses menor que yo (hasta hace unos años no me había enterado que se llama María Isabel, así que siempre seguiré siendo Isa a secas para nosotros). En las Canarias pasé un año y pico de mi existencia, con recuerdos de algunos de los momentos más felices de mi niñez, jugando y haciendo travesuras en el malecón enfrente del restaurante que mis padres tenían; día tras día, incansables, excepto por las dos semanas que el sarampión nos tuvo, a Pedro y a mí, reclusos en casa.

Y de pronto, otra vez la enfermedad del jefe de la casa nos obliga a emigrar. Nosotros con madre temporalmente a León. Mi padre se embarca hacia México, reclamado por un hermana de mi madre, la tía Fina, porque no sabemos quién le había asegurado que la altura de la ciudad de México le venía muy bien a los asmáticos. Muchas veces he sentido disgusto por las consecuencias que tuvo esta falsa teoría, pero al mismo tiempo la agradezco, porque gracias a esto llegamos primero a México y luego (cuando por asuntos de documentos de residencia mal “tramitados” padre fue deportado) a Guatemala. En esta tierra echamos raíces que ya no se rompieron, especialmente con el nacimiento del cuarto vástago de la familia, Gloria (realmente el quinto, porque el primogénito murió a los pocos meses de edad). Gloria, a quien por muchos años, por haber sido engendrada cuando mis padres vivían en San Jerónimo, Baja Verapaz, la llamamos la “Cobanera”. Debimos llamarla la “Salamateca” (Cobán es la cabecera de Alta Verapaz) pero no pasó nada. Además, criada con padres y hermanos aprendió a hablar con la “ce” y la “zeta” y nadie se creería que es de por allá, *usté (sic)*.

Las raíces no se rompieron pero algunas se trasplantaron. A Isa se la mandó a España, cuando apenas cumplía 17 años, para que tuviera oportunidad

de recibir la recia formación familiar propia de nuestras tierras leonesas temerosas de Dios. Cuando unos años después se le preguntó si quería regresar decidió que no. Allí se quedó y formó su familia (esposo, hijo, hija...y yerno).

De León, Garrafe y Pardave tengo muchas postales que atesoro. En el río, en la era, en los huertos. Con los abuelos, los tíos y los primos. Subidos en los árboles frutales, cogiendo ciruelas, peras y manzanas, cabalgando sobre el trillo que trazaba círculos sin fin sobre las espigas doradas del trigo, sacando los cangrejos de los reteles sumergidos a espacios regulares a lo largo del río, comiendo cecina (nos aseguran que la mejor de España, que es decir la mejor del mundo) y bebiendo vino con sifón. Ya mencioné que en 1951 volamos hacia México. Los cambios de provincia (las Canarias) o de país tienen sus consecuencias en la educación que recibimos. Tuvimos que ingresar en una escuela diferente con más frecuencia de lo aconsejable. De León, recuerdo los días en que íbamos al colegio, patinando en los charcos convertidos en hielo durante la noche y (me cuentan), llevando la mochila de los libros a patada limpia por el camino. Guardamos algunas fotografías de la época que, al verlas, parecen corresponder a gentes extrañas porque la memoria es incompleta. En México entramos a un curso que era equivalente al tercer grado de primaria. En la escuela quisieron que participara en los actos de fin de año bailando el jarabe tapatío¹, pero no tuvieron éxito. Mi timidez, mi temor a hacer el ridículo se han prolongado hasta el presente y creo que se pueden contar con un dígito las personas que me han convencido de salir a la pista a intentar la danza.

Al llegar a Guatemala, los tres hermanos, Pedro, Isa y yo, entramos a la Casa Central, el colegio de monjas de la Zona Uno, donde los compañeros nos hacían burla por nuestro deje de manitos² al hablar. Mis padres (queda dicho que ambos eran maestros) además de luchar denodadamente para llevar el sustento al hogar, nunca aceptaron que dejáramos de recibir el pan intelectual; jamás dejamos de ir a la escuela, estuviéramos donde estuviéramos.

DESDE LA CASA CENTRAL A LA UNIVERSIDAD DE VANDERBILT (EE.UU.) CON VARIAS PENITENCIAS INTERMEDIAS

Tras unos años en que los padres trabajaban sin pausa o descanso, administrando una granja ubicada por San Juan Sacatepéquez (en lo que hoy es el Club La Montaña) y luego en una granjita tomada en alquiler en El Rodeo (Zona 7), emigramos a la Costa Sur para manejar la hacienda El Rosario, de

¹ El autor del relato se refiere a un baile tradicional mexicano, típico del estado de Jalisco, considerado como un cortejo de amor entre el hombre y la mujer. (N.E.).

² Coloquidamente, mexicanos. (N.E.).

don Juan Bautista Gutiérrez, situada entre Mazatenango y Retalhuleu. Y allá vamos; los tres mayores a Xela, a estudiar internos, los varones en el Instituto para Varones de Occidente (INVO), Isa en el Sagrado Corazón. Cursamos el quinto año de primaria allí, pero antes de poder criar musgo, ¡hala! a la escuela Federal de Retalhuleu para el sexto de primaria y al Instituto Prevocacional de Reu para el primer año de estudios secundarios. De Quetzaltenango, donde con Pedro y otros dos compañeros formábamos el minúsculo contingente de estudiantes de primaria dentro del ejército de los de secundaria en el INVO. Recuerdo las escapadas con los alumnos mayores para ir al cine, escalando los muros del internado, las zambullidas en la piscina del famoso balneario “Chirriés”, sito en la Cuesta Blanca, con agua a temperaturas de 7 ó 10 grados, las escaladas al cerro El Baúl, desde cuya cima se aprecia en toda su belleza la ciudad. También recuerdo que por mi padecimiento asmático tenía que ayudarme durante la trepada, dando unas cuantas caladas al cigarrillo de algún compañero.

De Retalhuleu, aparte de las gratas memorias de nuestra vida en la finca, donde yo me la pasaba mayormente en una hamaca leyendo novelas de Julio Verne o Emilio Salgari (mientras Pedro, con más salud y propensión a la aventura, andaba con los vaqueros a caballo, horas y horas), recuerdo también que durante un tiempo tuvimos que ir a caballo, desde la finca hasta el pueblo de Retalhuleu, atravesando, cuando las condiciones lo permitían, el caudaloso río Samalá. Luego, nos consiguieron nuestros padres en Reu una pequeña casa de dos habitaciones donde vivíamos con la atención de una criada de edad algo más que madura. Terminamos siendo pensionistas en la casa de la familia Loarca-Lang propietaria de la farmacia “Las Mercedes”, enfrente del parque central del pueblo. Fue durante nuestra estancia en la finca El Rosario, que nuestra pequeña familia en Guatemala aumentó con la llegada de nuestro primo Ángel, el hoy famoso “Canche” dentro de la colonia española. Aunque no sea parte de mi historia, es obligado decir que luego de intentar salir adelante con una carnicería, decidieron, mi padre y él que, puesto que era mecánico de profesión, lo mejor sería regresar a la capital y montar un taller de mecánica, lo cual hicieron en sociedad con uno de los señores Botrán. ¿Y nosotros? Los hombres a la Escuela Normal, cercana al zoológico “La Aurora”, para cursar el segundo año del pre-vocacional. Allí conocemos a quien todavía hoy tengo como el mejor amigo de mis años de juventud, Guillermo. Fue por influencia de su espíritu cultivado que dejé de escuchar música ranchera (todo lo que había en la finca) y aprendí a apreciar a los clásicos, en especial a Chopin.

Al año siguiente, como la verdad es que nos sobraba el tiempo para la carga de estudios que teníamos, Guillermo y yo emigramos al Instituto Nocturno Humanidades, donde coincidimos con Constantino Saiz, quien continuó hasta obtener el título de Ingeniero Civil y llegó a ser treinta años más presidente de

la Beneficencia. Para entonces Pedro ya había dejado los estudios y estaba trabajando en un taller de refrigeración. Las condiciones económicas exigían que uno de nosotros se sacrificara y él siempre fue el más generoso de los dos.

Dos años después, con varios negocios de restaurante intercalados e incluso con una casa de huéspedes, siempre llena de españoles, yo estaba listo para ingresar a la Universidad de San Carlos, pero se me metió en la cabeza la idea de marcharme a España para, bajo la tutela de mi tío Julio, hermano de mi madre y renombrado médico de León, estudiar medicina. Al final, entre tomar la decisión, indagar acerca de los trámites necesarios y arreglar papeles, lo único que conseguí fue desperdiciar un año de estudios. Cuando finalmente ingreso a la Facultad de Ciencias Químicas y Farmacia, para cursar la carrera de Químico Biólogo, en 1963, lo hago con poca vocación, tan sólo porque esperaba inútilmente la llegada desde España de mi partida nacimiento, requisito indispensable para ser inscrito en la Facultad de Medicina y que en cambio me fue dispensado, temporalmente, para el ingreso en la Facultad de Farmacia.

También aquí me sobraba el tiempo, de manera que cuando uno de los amigos más entrañables del Canche, Carlos Bartolomé, me propuso que trabajara con él en su fábrica de camisas Navarra, durante quince o veinte días hasta que llegaran de España dos hermanas de su madre, que le ayudarían en la administración del negocio, acepté sin pensarlo dos veces. La desgracia cae sobre la familia Bartolomé y las dos pobres mujeres fallecen en aquel accidente del avión de Iberia que cae al mar nada más dejar atrás las costas de Portugal. Estas tristes circunstancias hacen que siga trabajando con Carlos durante cuatro años, durante los cuales, día a día, a las 10:30 de la mañana, tenía que ir en autobús desde la fabrica, en la calle 18, hasta la facultad de Farmacia, en el parque San Sebastián, con lo cual siempre llegaba unos minutos tarde a las clases, pero profesores y compañeros me comprendían y respetaban porque era buen estudiante, tanto que terminé siendo el mejor alumno de la promoción desde el año 63 al 68.

Durante mis años de trabajo en la camisería Navarra, aunque varios años menor que ellos, trabo profunda amistad con Carlos, con Paco Moralejo, con Manolo Gorrioz y con Jesús “Chuchi” Martín, un grupo de camaradas entretenidos, simpáticos y parranderos de los cuales yo, simple observador, podría contar mil anécdotas, pero eso sería otra historia y no la mía. También nace una gran amistad con Domingo Álvarez, “El Charro”, llegado de México, que entra a trabajar como vendedor de la fábrica unos meses después que yo.

Quiero recordar que fue por culpa de Carlos, a la sazón Secretario de la Junta Directiva de la Beneficencia, que terminé siendo directivo y que lo fui en diferentes directivas durante 10 años. Un buen día me pidió que durante mis horas de oficina en Navarra, le echara una mano con las actas de las sesiones de la Junta Directiva. Resulta que hice tan bien mi nueva tarea de apoyo,

que Carlos no tuvo ocurrencia más feliz que proponerme para el puesto de Vicesecretario. Y por supuesto, me eligieron y me queda el honor de haber sido el directivo más joven de los que lo fueron entre 1900 y 1965. Y allí estuve como Vice (*sic*) de Carlos y de Jesús Martín, (siendo mi continuidad en el puesto factor importante para que “Chuchi” aceptara el cargo cuando Carlos salió) hasta que, finalizados los estudios, me fui becado a la Universidad de Vanderbilt, en 1969, para cursar estudios de doctorado en Biología Molecular.

Ya he mencionado a muchos y queridos amigos pero durante esos primeros años de directivo también conozco a muchos más que recuerdo con afecto: Julián Presa, Daniel Escarré, Enrique Collia (padre), Carlos del Valle, Salvador Rodríguez, Juan Orero (padre)... Y tengo un recuerdo especial para Rafael Fernández, uno de los “niños de Morelia”³ en México, que fue como nuestro hermano mayor. Y fuera del ámbito de la directiva, a Manolo Domínguez, el gallego a quien, recién llegado a Guatemala, le llevaba leche para sus úlceras a la humilde habitación donde vivía, por la antigua Aduana Central. Y al doctor Fernando Madrona que vivió un año en la casa vecina a la nuestra y antes de que yo entrara a la facultad, me daba charlas de química y de medicina. Todos ellos han hecho ya el viaje sin retorno pero siguen viviendo en nuestra memoria.

Por aquellos tiempos, al relacionarme más y más con la colonia española, fue creciendo en mí la añoranza por la tierra leonesa, a la que no habría de retornar hasta 1976, llegando incluso a escribir un mediocre poema que titulé “Romance de las Murallas de León” que me publicaron en una revista de la Beneficencia para un aniversario del descubrimiento de América (1965) y también en *El Diario de León*. Afortunadamente tiró más fuerte la vena científica que aquel romanticismo juvenil y terminé, como he apuntado, obteniendo la licenciatura para después marcharme a Vanderbilt.

DE REGRESO A CASA

Es necesario apretar el paso del relato. Fueron años dichosos en Estados Unidos, pero la familia y los amigos estaban en Guatemala. Quiero recordar que siempre tuve afición por el ciclismo y seguía, en compañía de Carlos del Valle, algunas etapas de las vueltas a Guatemala cuando venían cuartetas españolas. El asma me impidió desde niño practicar cualquier deporte, pero cuando de mane-

³ Con este nombre se conoció al grupo de niños españoles refugiados en México en 1937 por iniciativa del Gobierno de la República Española y del presidente mexicano Lázaro Cárdenas. (N.E.).

⁴ Deporte accesible a cualquier edad que no requiere equipo o instalaciones especializadas para su práctica y que consiste en correr libremente por cualquier tipo de terreno. (N.E.).

ra casi milagrosa, gracias al “jogging”⁴ por fin la enfermedad desaparece, cuando tengo 26 años, lo primero que hago es comprarme una bicicleta y participar en carreras de aficionados de la tercera categoría, en los Estados Unidos.

Cuando retorno a Guatemala, ingreso al INCAP, para hacer investigación con quien varios años atrás fuera mi asesor de tesis de licenciatura. Me involucro en la Liga de Veteranos Ciclistas y regreso, poco después, a las Juntas Directivas de la Beneficencia. Cada uno de estos espacios, el profesional, el deportivo y el social, además del afectivo-familiar, cada uno con su propio tiempo, me ocupan y me dan satisfacciones que desde entonces llenan mi vida.

El más importante, en el INCAP conozco a Regina, mi esposa, en 1977. Nos casamos en junio de 1981 y desde entonces mi existencia gravita alrededor de ella. También en nuestra casa, como en la de mis padres, hay una jefa, aunque muy demócrata, lo cual, una vez tomada la decisión de no tener hijos (hay sobrinos y sobrinas para pedir prestado), nos permite a ambos continuar con el desarrollo de nuestras profesiones. Regina es Ingeniera Química y después de casi dos décadas de trabajar en la multinacional Quaker, actualmente está dedicada al difícil negocio del turismo receptivo.

Mi militancia en la Liga de Veteranos me lleva a ser parte de una Junta Interventora de la Federación de Ciclismo y más tarde, una vez normalizada la situación de la Federación, me eligen para presidirla y en los siguientes dos años, organizo y dirijo dos vueltas a Guatemala, varias vueltas de la juventud y muchos campeonatos nacionales y pruebas de un día. También me corresponde acompañar a la selección de ciclismo a los Juegos Panamericanos de Puerto Rico, a dos vueltas a Costa Rica y a unos campeonatos Panamericanos de Ciclismo en Brasil. Por supuesto que este servicio que presto al deporte guatemalteco significa el fin de mi participación en las competiciones de los veteranos. Solamente me quedan, para los años siguientes a 1982, al dejar la Federación, las maratonianas excursiones de 200 Km o más que hacemos con un grupo de amigos aficionados. Hoy todavía puedo presumir de haber mejorado mi sistema cardiovascular para pasar de casi 80 pulsaciones por minuto (en reposo) en 1970 a las 38 ó 40 que tengo hoy. Desde 1972, durante 25 años, también corrí varias medias maratones de Cobán y un sinnúmero de carreras pedestres de entre 8 y 20 Km, y aunque mis amigos ciclistas quisieron convencerme de que era mejor corredor de a pie que ciclista, nunca pude curarme de esa enfermedad que es el ciclismo.

En mi currículum figura que fui miembro del Tribunal de Honor del Comité Olímpico de Guatemala, que ejercí como asesor de la Federación de Atletismo y que por esos años de 1990, organicé en la Beneficencia cinco carreras pedestres de la Hispanidad, coincidiendo la última con el Quinto Centenario del Descubrimiento de América. En la Beneficencia, en la segunda época de participación en la Directiva, que empieza en 1978, he estado al lado de com-

pañeros inolvidables, como Ángel Balbas, Enrique Suárez, Javier Fernández, José Luis San Martín, Manolo Gordo, Enrique Collia, Javier Valls, Nolasco Sicilia, Constantino Saiz, Pepe Pinto, Max Fernández, Carlos del Valle, Juan de Dios Martínez, Jesús Martín Montes, Manolo Cayarga, Manolo Collia, Luis Mickel...y tantos otros. Participo desde la redacción de nuevos estatutos y reglamentos, hasta la fundación de la *Revista de la Beneficencia* en su formato actual, pasando por las funciones de supervisión, con Carlos del Valle, Julián Presa y Javier Fernández, de las obras de construcción y equipamiento del Sanatorio del Pilar, que se inaugura el 3 de octubre de 1981 y desde la inauguración hasta el 10 de septiembre de 1999, cuando presenté mi renuncia, ocupo la Dirección del Laboratorio y el Banco de Sangre de nuestro hospital.

Me enorgullece haber hecho del Laboratorio y del Banco de Sangre un departamento que iniciando con recursos muy limitados, poco a poco se coloca a la vanguardia de los laboratorios hospitalarios de Guatemala. Un ejemplo, es el primero, a nivel privado, en efectuar las pruebas de HIV (SIDA) a los pacientes y donadores de sangre en 1983.

En el Sanatorio trabajo con el Director Médico, Javier Fernández Díaz, llegando incluso a ser Jefe de Residentes, y formo parte de las Comisiones de Finanzas, Junta Asesora Médica y la Comisión Especifica del Sanatorio.

Fui responsable directo del diseño e implementación del programa computarizado de control de asociados de la Beneficencia (1985) y posteriormente de coordinar la elaboración del programa de cómputo del hospital. Asesoré, sin ser ya miembro de Junta Directiva, en los procedimientos de admisión de asociados, redacción de reglamentos y cuotas y beneficios médicos y hospitalarios para las categorías de socios, plan de nietos y socios del Centro Español. Fundador, con Max Fernández Calvo y con el importante aporte de Pedro Luis Alonso, de la *Revista de la Beneficencia*, elaboración de las Memorias Anuales de la Beneficencia, negociador de los acuerdos colectivos con el Sindicato de Trabajadores del Pilar... Solicité a las Juntas Directivas, y se concedió, la Medalla de Oro de la Asociación para las monjas Dominicanas de la Anunciata y de manera póstuma para el doctor Fernando Madrona y para Carlos del Valle.

Ahí quedan las memorias de las penas y las glorias, los afectos intactos de tantos amigos con los que compartí esos 18 años. Javier Fernández Díaz y Emilio Varona, Francisco Coma y José Luis San Martín, las Hermanas Rosario, Carmen, Montserrat, Lourdes; los médicos todos, con especial memoria para Efraín Vargas, Gustavo Flamenco y Ricardo Paz Carranza que se han ido, pero además, para Ernesto Mena, Arturo Núñez, Marco Antonio Aguirre, Martín Guillen y mis colegas en el Laboratorio, Pablo Yurrita y Miriam Figueroa. Imposible hacer justicia y mencionarlos a todos en esta historia que por fuerza ha de limitarse a unas cuantas páginas.

Fuera de la Beneficencia y del Sanatorio, he tenido la satisfacción de servir como secretario del Colegio de Farmacéuticos y Químicos (1996) al tiempo que participo en las Comisiones de Defensa Gremial y Educación Continua, y represento al Colegio en la Comisión Nacional de Servicios de Medicina Transfusional y Bancos de Sangre. Soy Vicepresidente la Asociación de Químicos Biólogos de Guatemala por tercera vez y he fungido como miembro de Junta Directiva (incluido un término en la presidencia) de la Comisión Guatemalteca de Laboratorios de la Gremial de Exportadores, AGEXPORT. Represento a la Asociación de Químicos Biólogos y a la Comisión Guatemalteca de Laboratorios en las Comisiones de Normalización y de Acreditación de Laboratorios Clínicos. Miembro fundador de la Asociación Castellano-Leonesa de Guatemala (1991), Vicepresidente de la primera Junta Directiva, Secretario después y (de verdad que inmerecido honor) Presidente de la actual.

He recibido reconocimientos de parte del Colegio, la Beneficencia Española y del Programa Cívico Permanente del Banco Industrial. Nunca había experimentado emoción comparable a la que sentí cuando se me permitió, en presencia de mis familiares, colegas y entrañables amigos, izar la bandera de esta patria guatemalteca a la que tanto queremos los emigrantes, a la que tanto debemos los emigrantes. Parece un lugar común decir que es nuestra segunda patria, pero el sentimiento hacia Guatemala, en mí, no tiene nada de común.

En la terraza del hotel, en La Habana, se oye a Sabina cantar “Pastillas para no soñar” y su voz carrasposa me devuelve a la realidad. Dentro de unas horas tomaré el vuelo de regreso a casa. No se que más pueda contarles. Esta es mi historia.



El autor,
Ángel
Rodríguez.



El autor del
relato
practicando
ciclismo.



Reconocimiento por parte del Banco Industrial de Guatemala.